

SÓFOCLES

ANTÍGONA

TRADUCCIÓN DE EMILIO DÍAZ ROLANDO

RUTE (CÓRDOBA)

09.10.2018 – 15.05.2019

PRÓLOGO

[1-99]

ANTÍGONA:

Ismena, mi propia hermana, ¿sabes cuál de los males de Edipo no nos infligirá Zeus mientras estemos vivas? Nada hay doloroso, ni ajeno a la ruina, ni horrible, ni deshonroso que no haya visto entre tus males y los míos. Y ahora, ¿qué es ese decreto que dicen por toda la ciudad que el general acaba de promulgar? ¿Sabes algo, lo has oído? ¿O te pasan inadvertidos los males que los enemigos hacen avanzar hacia nuestros amigos?

ISMENA:

A mí, Antígona, ninguna palabra, ya sea placentera o dolorosa, ha llegado de los amigos desde que nosotras dos nos vimos privadas de nuestros dos hermanos, que murieron en un solo día por una doble mano. Después de que se pusiera en camino el ejército argivo la pasada noche, no sé nada más para fortuna o infortunio mío.

ANTÍGONA:

Bien lo sabía, y te mandé buscar fuera de las puertas del palacio por eso, para que seas la única en oírlo.

ISMENA:

¿Qué pasa? Me das a entender una noticia con tus cavilaciones.

ANTÍGONA:

¿No ha considerado Creonte de nuestros dos hermanos, a uno merecedor antes de una tumba y al otro deshonrado sin ella? A Etéocles, como dicen, de acuerdo al justo uso de la justicia y de la ley, ha cubierto con la tierra para honor de los muertos. Pero al cadáver del infortunadamente fallecido Polinices dice a los ciudadanos que ha decretado no sea sepultado en una tumba y que nadie lo llore; que se le abandone sin lamentos ni tumba, apetecible banquete para las aves que lo vean como objeto de alimento. Tales palabras dicen que el buen Creonte ha decretado para ti y para mí, para mí también, y que viene hacia aquí para proclamarlas de forma clara a quienes no las conocen. Obra de ese modo no al albur, sino que prescribe la muerte por lapidación pública en la ciudad para quien realice algunos de esos ritos. Así están las cosas para ti y pronto demostrarás si eres de naturaleza bien nacida o eres mal vástago de buen linaje.

ISMENA:

¿Y qué, desdichada, si esto está así, podría ganar yo haciendo o deshaciendo?

ANTÍGONA:

Decide si vas a cooperar y colaborar.

ISMENA:

¿En qué trance, qué estás pensando?

ANTÍGONA:

Si vas a levantar el cadáver junto con esta mano.

ISMENA:

¿Es que piensas enterrarlo? Es algo prohibido para la ciudad.

ANTÍGONA:

A mi hermano y el tuyo, aunque tú no quieras. En ningún caso no se me cogerá traicionándolo.

ISMENA:

¿Desgraciada, aunque Creonte se oponga?

ANTÍGONA:

No le corresponde a él en absoluto apartarme de los míos.

ISMENA:

¡Ay de mí, hermana! Sé sensata. Nuestro padre pereció siendo odiado y denigrado por crímenes flagrantes después de lacerarse él mismo los dos ojos con su propia mano ejecutora. Luego, su madre y esposa, que esa es su doble denominación, destrozó su vida con trenzados dogales y, en tercer lugar, nuestros dos hermanos en un solo día se mataron mutuamente, los infortunados, cumpliendo un destino común uno a manos del otro. Y, ahora, míranos a nosotras dos, abandonadas, solas, en qué medida pereceremos de la forma más horrenda si, violentando la ley, desobedecemos el decreto del rey o su poder. Debemos tener en cuenta que hemos nacido mujeres, que no vamos a luchar contra los hombres; y luego, que somos mandadas por gente más fuerte y que debemos obedecerla incluso en cosas más dolorosas que éstas. En suma, yo ruego a los fallecidos que me perdonen por ser forzada a esta conducta y obedeceré a los que ocupan el poder, porque actuar en forma desmedida carece de sentido alguno.

ANTÍGONA:

No podría animarte a ello y, aunque quisieras hacerlo, no colaborarías conmigo de buena gana. Ahora bien, ten en cuenta que, pienses lo que pienses, yo voy a

enterrarlo. Para mí será hermoso morir haciéndolo. Yaceré, hermana querida, junto a él, junto al hermano querido después de perpetrar una tarea sagrada, porque es mayor el tiempo durante el que debo agradar a los de abajo que a los de aquí, dado que allí yaceré siempre. En cuanto a ti, si te parece bien, continúa deshonrando los honores debidos a los dioses.

ISMENA:

Yo no hago cosas deshonrosas, pero nací incapaz de obrar a despecho de los ciudadanos.

ANTÍGONA:

Tú puedes poner esas excusas, que yo, por mi cuenta, voy a marcharme para erigir una tumba a nuestros dos hermanos.

ISMENA:

¡Ay, desgraciada, cuántos temores me provocas!

ANTÍGONA:

No precipites tus temores y compóntelas con tu destino.

ISMENA:

En todo caso, no comuniques de antemano a nadie esa tarea, hazlo en secreto y yo misma iré contigo.

ANTÍGONA:

¡Vamos, cuéntalo! Serás mucho más odiosa si callas, si no se lo anuncias a todos.

ISMENA:

Tienes un corazón caliente en momentos fríos.

ANTÍGONA:

Pero sé que agrado a los que debo complacer por encima de todo.

ISMENA:

Si pudieras hacerlo, pero ansías cosas irreparables.

ANTÍGONA:

Cuando me vea sin fuerzas, lo tendré terminado.

ISMENA:

Como inicio, no se debe acechar lo irreparable.

ANTÍGONA:

Si vas a hablar así, acabarás por resultarme odiosa y recibirás un castigo por enemiga del que ha muerto. Vamos, déjame que mi despropósito sufra esa atrocidad, porque no voy a sufrir nada tamaño como para no morir de forma hermosa.

ISMENA:

Vete, pues, si te parece bien, pero que sepas bien esto, marchas como insensata, aunque justamente querida para los seres queridos.

PÁRODO

[100-161]

*Coro de ancianos tebanos***CORO:***Estrofa primera.*

Rayo de sol, luz la más hermosa de todas, aparecida en Tebas, la de siete puertas, apareciste ya, ¡ojo del dorado día! Marchas sobre las corrientes Dirceas, incitas con rápida brida al mortal de blanco escudo procedente de Argos con toda su armadura, presuroso fugitivo, que, alzado contra nuestra tierra por pendencieras rivalidades de Polinices, como un águila de agudos chillidos voló hacia aquí, envuelta en las alas de nívea blancura junto con numerosas armasy yelmos adornados con crines de caballo.

Antístrofa primera.

Se detuvo sobre las moradas, miró absorto alrededor con las lanzas ansiosas de sangre las entradas de las siete puertas y se marchó, antes de que se llenara de nuestra sangre su mandíbula y de que el dios del fuego con antorchas de pino tomase la corona de torres. Tal se expandió en torno a nuestras espaldas el estrépito de Ares, esforzada hazaña para el adversario del dragón. Porque Zeus odia profundamente las jactancias de una lengua altisonante y, cuando los mira yendo en gran afluencia, con el engrimiento de una dorada estridencia derriba con fuego arrojado a quien se lanza a gritar victoria en las cimas de las almenas.

Estrofa segunda.

Cayó sobre la dura tierra martirizado el portador del fuego, quien, en un empuje enloquecido, delirando, resoplaba con el flamear de los más odiosos vientos. Pero unas cosas fueron de un modo y otras las repartió el fuerte y poderoso Ares con su golpe en otro sentido. Siete capitanes ordenados ante siete puertas, iguales frente a iguales, dejaron a Zeus, que otorga el triunfo, sus armas de bronce en ofrenda, excepto los dos infortunados que, nacidos de un

único padre y de una única madre, mantuvieron sendas lanzas de igual poder uno contra el otro y obtuvieron ambos su parte en mutua muerte.

Antístrofa segunda.

Llegó la Victoria, de glorioso nombre, regocijándose a su vez en Tebas, la rica en carros. Dispongamos el olvido de las guerras actuales y acudamos a todos los templos de los dioses con coros que duren la noche entera, y que Baco, el que sacude el suelo de Tebas, nos dirija. Pero el rey de esta tierra, Creonte, hijo de Meneceo, el reciente soberano a raíz de los nuevos acontecimientos dictados por los dioses, llega. ¿Qué intenciones maquina, porque ha propuesto la convocatoria de esta reunión de ancianos después de mandarnos buscar con una proclama general?

EPISODIO I

[162-331]

CREONTE:

Varones, sin duda, los conflictos de la ciudad los dioses han vuelto a resolver de forma segura tras sacudirla con numerosas convulsiones. Yo os mandé venir mediante mensajeros aparte de todos sabiendo bien que seguís venerando el poder del trono de Layo, y que cuando Edipo regía la ciudad y luego pereció, permanecisteis aún al lado de sus hijos con firme determinación. Así pues, después de que ellos por un doble destino fatal en un solo día murieran hiriendo y siendo heridos, mancillándose por sus propias manos, yo he tomado todo el poder y el trono por mi proximidad en linaje a los fallecidos. Es, por otra parte, imposible llegar a conocer de todo hombre su alma, su mente y su juicio antes de que se muestre habituado a los cargos y a las leyes. Porque a mi juicio, quien estando al frente de toda la ciudad no se ajusta a las mejores decisiones, sino que por causa de algún temor mantiene cerrada su boca, es el peor ahora y siempre, y quien considera más a un amigo que a su propia patria, a ese lo estimo menos que nada. Yo, sépalo Zeus, que todo lo ve siempre, ni podría callar viendo la ruina avanzando hacia los ciudadanos en lugar de su salvaguardia, ni admitiría nunca a mi lado a un amigo que fuera hostil a esta tierra, sabiendo que ésta es la que nos preserva y que navegando sobre ella firmemente nos procuraremos los amigos. Con tales leyes, yo haré próspera la ciudad y ahora, he mandado buscar por un heraldo a las hermanas de aquéllos para lanzar una proclama ante los ciudadanos sobre los hijos de Edipo. A Etéocles, quien luchó por la ciudad y pereció por ella destacando sobre todo en su manejo de la lanza, que se le entierre en una tumba después de cumplir con todos los ritos fúnebres que acompañan al otro mundo a los muertos más virtuosos. Pero respecto a su hermano, a Polinices me refiero, quien regresó de su exilio con la voluntad de prenderle fuego hasta la raíz a su solar patrio y a

los dioses de su raza, quien quiso alimentarse de la sangre de su familia y llevarse a los demás como esclavos, respecto a éste, queda proclamado a la ciudad que ni se le entierre con los honores debidos ni se le llore, que se le abandone insepulto y que se contemple su cuerpo mancillado y devorado por las aves y por los perros. Este es mi deseo, y nunca por mi causa gozarán de mayor honor los viles que los justos; por el contrario, todo el que sea propicio a esta ciudad, en igual forma ya sea en la muerte o en la vida, será honrado por mí.

CORO:

Eso te place, Creonte, hijo de Meneceo, respecto del enemigo y respecto del amigo de esta ciudad. Tú puedes usar por completo de la ley tanto con los que han muerto como con cuantos estamos vivos.

CREONTE:

De modo que ahorapodríais ser observadores de lo que ha sido dicho.

CORO:

Propón a otro más joven cargar con eso.

CREONTE:

Pero los guardianes del cadáver están listos.

CORO:

¿Qué es esa otra cosa que todavía nos ordenas además?

CREONTE:

Que no cedáis ante quienes no obedecen esas órdenes.

CORO:

Nadie es tan estúpido como para desear morir.

CREONTE:

Sin duda que ése es el pago, pero con frecuencia la expectativa de ganancia arruina a los hombres.

GUARDIÁN:

Señor, no diré que sin aliento por la velocidad alcé un ágil pie y llegué. Tuve muchas paradas por mis pensamientos y me daba la vuelta en el camino, porque mi alma no paraba de hablarme y de decirme: «Desgraciado, ¿por qué marchas a un lugar donde serás castigado a tu llegada? Mísero, ¿vuelves a detenerte? ¿Y si Creonte se entera de eso por otro hombre? ¿Cómo es que no te

afliges?»Cavilando esos pensamientos llegué despacio y entreteniéndome, y así, un camino corto se vuelve largo. Con todo, venció el que viniera aquí ante ti. Aunque nada despeje, sin embargo, lo contaré, porque llego aferrado a la esperanza de que no sufriría ninguna otra cosa salvo mi destino.

CREONTE:

¿Qué es aquello que te provoca esa angustia?

GUARDIÁN:

Quiero primero contarte lo relativo a mí mismo, porque el hecho ni lo realicé ni vi quién era el que lo hacía, y tampoco sería justo que me sucediera algo malo.

CREONTE:

Conjeturas bien y entorpeces el asunto con tus rodeos, pero está claro que vas a revelar alguna noticia.

GUARDIÁN:

Es que las malas noticias llevan aparejada una gran vacilación.

CREONTE:

¿No me lo vas a decir y luego, liberado, te vas a ir?

GUARDIÁN:

Sí, te lo digo. Alguien acaba de enterrar el cadáver y se ha marchado, después de haber esparcido sobre su piel polvo seco y de haber realizado las exequias pertinentes.

CREONTE:

¿Qué dices? ¿Qué hombre ha sido el que osó hacerlo?

GUARDIÁN:

No lo sé. Allí no había ni un golpe de piqueta, ni tierra extraída por azada. El terreno es duro y seco, no roturado por las ruedas de los carros. El ejecutor fue alguien desconocido. Cuando el primer vigilante del día nos lo mostró, nos provocó un estupor difícil de afrontar. El muerto se había desvanecido, no estaba enterrado, sino que había un leve polvo, como de alguien que evita mancillarse. No aparecían señales de fieras ni de algún perro que hubiera acudido, ni hecho presa. Palabras agresivas brotaron entre nosotros. Un guardián culpaba a otro guardián y si hubiera surgido al final una pelea, nadie hubiera estado presente para impedirlo. Porque cada uno era el que lo había llevado a cabo y nadie lo era de forma manifiesta, y alegaba no saber nada. Estábamos dispuestos a levantar hierro al rojo vivo con las manos, a atravesar

hogueras y a jurar por los dioses que ni lo hicimos ni fuimos cómplices de nadie que hubiera planeado el hecho ni que lo hubiera llevado a cabo. Finalmente, cuando nada más sacábamos de las indagaciones, uno habló que nos empujó a todos a bajar la cabeza al suelo de temor, porque no sabíamos ni responder ni cómo hacer para actuar correctamente. La cuestión era que había que darte cuenta del hecho y que éste no debía ocultársete. Esta postura ganó y el sorteo me condenó a mí, desdichado, a aceptar este premio. Me presento contra mi voluntad ante quienes no tienen voluntad de verme, lo sé bien, porque nadie aprecia el mensajero de malas noticias.

CORO:

Señor, mis pensamientos desde hace rato meditan si no es esta obra algo dirigido por los dioses.

CREONTE:

Párate, antes de que me llenes de ira con tus palabras, no sea que resultes ser al mismo tiempo insensato y anciano. Dices cosas insostenibles afirmando que la divinidad muestra preocupación por este cadáver. ¿Acaso porque lo honraron sobremanera como benefactor lo ocultaban a él, que vino para incendiar los templos rodeados de columnas y para exterminar sus posesiones, su tierra y sus leyes? ¿O es que ves a los dioses honrando a los malvados? No es posible. Por otro lado, hace tiempo que los habitantes de la ciudad, que soportan a duras penas mi edicto, claman contra mí, sacudiendo en secreto sus cabezas, y no aguantan con justicia sus cuellos bajo el yugo, sometiéndose a mí. Por ellos sé bien que lo hicieron animados por un pago, porque nada como el dinero hace surgir entre los hombres malas costumbres. Ése destruye ciudades, ése expulsa a los hombres de sus casas, ése enseña y desvía las mentes honradas de los mortales para orientarlas hacia innobles acciones e instruye a los hombres para que muestren vileza y conozcan toda clase de impiedad. Todos lo que llevaron a cabo esa acción a cambio de dinero, lo hicieron para ser castigados con el paso del tiempo. Pero, si es que Zeus tiene todavía mi devoción, debes saber bien esto, y te lo digo bajo juramento. Si no encontráis al autor de ese enterramiento y no lo traéis ante mis ojos, no os bastará sólo la muerte antes de que en vida y colgados deis ejemplo de mi ira para que, sabiendo de qué puede uno aprovecharse, continuéis con vuestro saqueo y aprendáis que no se debe desear sacar provecho de cualquier cosa, porque a causa del lucro indecoroso podría uno ver a más gente arruinada que a salvo.

GUARDIÁN:

¿Darás permiso para decir algo o debo dar la vuelta e irme?

CREONTE:

¿No te das cuenta ahora también de cuán injuriosamente hablas?

GUARDIÁN:

¿Hace presa en tus oídos o en tu alma?

CREONTE:

¿Por qué delimitas el lugar dónde reside mi desasosiego?

GUARDIÁN:

El que lo hace te hiere el corazón y yo hiero tus oídos.

CREONTE:

¡Ay, qué evidentemente elusiva es tu charlatanería!

GUARDIÁN:

Porque en modo alguno jamás llevé a cabo esa acción.

CREONTE:

La hiciste, y entregando tu alma a cambio de dinero.

GUARDIÁN:

¡Ay, es ciertamente nefasto que cree algo lo crea erróneamente!

CREONTE:

Alardea con lo que creo, pero si no me mostráis a los ejecutores, diréis abiertamente que las ganancias viles desembocan en calamidades.

GUARDIÁN:

¡Ojalá sea descubierto pronto! Pero, sea capturado o no, porque eso lo decidirá la suerte, no habrá modo de que me veas volver aquí. Ahora, salvado en contra de lo que esperaba y creía, les debo a los dioses el mayor agradecimiento.

ESTÁSIMO I

[332-383]

CORO:

Estrofa primera.

Muchas cosas nos imponen, pero nada nos impone más que el ser humano. Éste avanza más allá del canoso ponto con el tormentoso viento del sur atravesando envolventes olas. A la más soberbia de las diosas, la Tierra, inagotable, incansable fatiga con arados que rotan año tras año levantando la tierra con la especie equina.

Antístrofa primera.

A la tribu de las atolondradas aves, a las especies de las fieras salvajes y la fauna marina del ponto, envolviéndolas en las mallas de sus redes, arrastra el previsor ser humano. Domina las fieras montaraces del campo con sus trampas y sujeta firmemente el caballo de rudo cuello sometiendo al yugo su cerviz, y al incansable toro montañés.

Estrofa segunda.

Se enseñó a sí mismo la palabra, el ágil pensamiento y las formas civilizadas, y, rico en recursos, a evitar los dardos al aire libre de la helada inhóspita y la lluvia inclemente. En nada carece de recursos para el futuro, sólo del Hades no se procura escape, pero dispone de evasivas para las irremediables enfermedades.

Antístrofa segunda.

Con una ingeniosa sabiduría práctica más allá de lo esperado, unas veces hacia el mal, otras hacia el bien se encamina. Quien honra las leyes de su tierra y la justicia de los dioses protegida por juramento es ciudadano de una orgullosa ciudad, pero es apátrida quien carece de honestidad por culpa de su osadía. ¡Que no me acompañe junto al hogar ni comparta mis pensamientos quien esas cosas hace!

CORO:

Perplejo quedo ante este portento propio de la divinidad. ¿Cómo negaré, si la veo, que esta muchacha es Antígona? ¡Ay, desgraciada hija de tu desgraciado padre Edipo! ¿Y ahora, qué? ¿No es que te traen por haber desobedecido las leyes del rey y por haberte sorprendido en tu locura?

EPISODIO II

[384-581]

GUARDIÁN:

Ésta es ella, la que ha llevado a cabo la obra. La capturamos mientras lo enterraba. ¿Pero, dónde está Creonte?

CORO:

Aquí viene de vuelta de casa, oportunamente.

CREONTE:

¿Qué pasa? ¿Con qué acontecimiento coincide mi presencia?

GUARDIÁN:

Señor, nada pueden jurar los mortales que no pueda suceder, porque la reflexión posterior desmiente la intención. Yo me hubiera jactado abiertamente de que nunca volvería aquí a causa de tus amenazas, con las que me atormentaste en aquella ocasión; pero he venido, aunque contravenga a mis juramentos, porque el gocefuera y lejos de lo esperado no tiene parangón en intensidad con ningún otro placer. Traigo a esta muchacha, que ha sido capturada arreglando la tumba. En este caso, no se ha echado a suerte, sino que es mío este premio y no de otro. Y ahora, señor, tómala tú a tu voluntad, júzgala, sométela a interrogatorio. Es justo que yo me vea libre y eximido de estas calamidades.

CREONTE:

¿Cómo es que la traes y dónde la capturaste?

GUARDIÁN:

Ella estaba enterrando al hombre, lo sabes en detalle.

CREONTE:

¿Eres consciente y dices seguro lo que estás afirmando?

GUARDIÁN:

La he visto enterrar al cadáver del que tú proscibiste. ¿Hablo claro y comprensiblemente?

CREONTE:

¿Cómo fue vista y detectada en su captura?

GUARDIÁN:

La cosa fue así. Cuando hubimos llegado, con aquellas terribles amenazas tuyas sobre nosotros, barrimos todo el polvo que cubría al cadáver, limpiamos bien el cuerpo de su podredumbre y nos sentamos al abrigo del viento en lo alto de un montículo huyendo del olor que se desprendía de él, manteniéndonos alerta el uno al otro con terribles apremios por si alguno se descuidaba en este trabajo. Así pasó el tiempo hasta que el brillante círculo solar se situó en el centro del cielo y el calor abrasaba. Entonces, de repente, un remolino de tierra levantó por el aire un turbión, llenó la planicie, descalabrando todo el follaje del bosque en el llano, y se cubrió entero el cielo. Con los ojos cerrados aguantamos el divino mal. Una vez éste hubo pasado, luego de un buen rato, aparece la muchacha y profiere el lamento agudo de un quejumbroso pájaro, como cuando ve el lecho desprovisto de crías de un nido vacío. Y así ella, al ver el cadáver desnudo, prorrumpió en gemidos y gritó terribles maldiciones contra los que

habían llevado a cabo la acción. Al punto, deja caer seco polvo con sus manos y corona al cadáver con una triple libación desde el borde una bien labrada vasija de bronce. Nosotros, cuando vimos esto, nos lanzamos sobre ella y la capturamos enseguida sin que mostrase turbación alguna. La interrogamos sobre sus acciones pasadas y presentes. No adujo ninguna negación para mi placer tanto como para mi dolor, porque de un lado, es muy placentero que uno escape del mal, pero conducir a los amigos a la desgracia es doloroso. No obstante, experimentar todos esos acontecimientos resulta para mí menos relevante que mi propia salvación.

CREONTE:

Tú, tú, la que inclina la cabeza al suelo, ¿afirmas o niegas haber hecho esas cosas?

ANTÍGONA:

Afirmo que lo he hecho y no lo niego.

CREONTE:

[Al guardián] Tú puedes irte a donde quieras, absuelto y libre de una seria acusación. [A Antígona] En cuanto a ti, dime, pero no prolijamente, sino con brevedad, ¿sabías que había sido decretado que esos hechos no se llevaran a cabo?

ANTÍGONA:

Sí, ¿cómo no iba a saberlo? Era público.

CREONTE:

¿Y, sin embargo, te atreviste a transgredir las leyes?

ANTÍGONA:

No fue Zeus quien me manifestó esas normas, ni la Justicia, que habita junto con los dioses de abajo, definió esas leyes a los hombres. Tampoco creí que tus proclamas tuvieran tanta fuerza como para poder, siendo tú mortal, prevalecer sobre la legalidad no escrita e inamovible de los dioses, porque no hoy, ni ayer, sino desde siempre, están vivas y nadie sabe desde cuándo están presentes. Incumpléndolas por temor a las intenciones de ningún hombre, no iba yo a ser castigada por los dioses. Sabía bien que moriría, ¿cómo no?, aunque tú no hubieras proclamado nada. Si muero antes de tiempo, a eso lo llamo yo ganancia. Quien, como yo, vive en medio de desgracias sin número, ¿cómo no obtendría ganancia muriendo? De ese modo, en absoluto me causa dolor afrontar ese destino; sin embargo, aceptar ver muerto a quien nació de mi misma madre como un cadáver insepulto me dolería. Estas circunstancias no

me duelen. Si crees que estoy haciendo una locura, diría que incurro en locura ante un loco.

CORO:

La crianza de la muchacha demuestra ser fiera, nacida de un padre fiero, y no sabe ceder ante las calamidades.

CREONTE:

Debes saber bien que los pensamientos demasiado rígidos suelen derrumbarse y podrías con muchísima frecuencia ver el hierro más duro, forjado al más intenso fuego, quebrantado y hecho pedazos, y sé que los caballos rebeldes con un pequeño freno se doman. No le está permitido ser soberbio al que es esclavo de quienes tiene cerca. Ésta, ahora, supo bien comportarse de modo insolente transgrediendo las leyes establecidas y su segunda insolencia, una vez hubo realizado estos hechos, fue jactarse de ellos y reírse de haberlos hecho. Juro que no seré un hombre y que es ella el hombre, si esa licencia queda aquí libre de castigo. Ya resulte ser hija de mi hermana, ya la más cercana pariente de todos los que están bajo Zeus protector del hogar, ella y su hermana no escaparán del peor destino, porque a ésa también acuso de tramar esta sepultura. Llamadla. Acabo de verla dentro llena de rabia y privada de raciocinio. Suele ser capturado antes el ánimo malhechor de los que maquinan en la sombra cosas nada decorosas y me posee el odio especialmente también cuando alguien es cogido en sus fechorías y quiere luego embellecerlas.

ANTÍGONA:

¿Quieres algo más grave que capturarme y matarme?

CREONTE:

Yo no quiero nada. Con tener esto lo tengo todo.

ANTÍGONA:

¿Cuáles son tus intenciones, pues? Porque ninguna de tus palabras me son agradables y ojalá no me agraden nunca, del mismo modo también que desagradables para ti fueron desde siempre las mías. ¿Con todo, de dónde podría obtener una gloria más gloriosa que depositando a mi propio hermano en su tumba? Se podría decir que a todos los presentes les place esto, a no ser que el miedo recluya su lengua. Pero la tiranía con muchas otras cosas prospera y le es posible hacer y decir lo que quiera.

CREONTE:

Eres tú la única de los cadmeos que lo ve así.

ANTÍGONA:

También estos lo ven así, pero someten su boca.

CREONTE:

¿Y tú no te avergüenzas de pensar de forma diferente a ellos?

ANTÍGONA:

No hay vergüenza en venerar a los nacidos del mismo vientre.

CREONTE:

¿Acaso no era también tu hermano el que murió enfrente?

ANTÍGONA:

Hermano de la misma madre y del mismo padre-

CREONTE:

¿Cómo, entonces, lo honras con impía gratitud?

ANTÍGONA:

No será ese el testimonio el cadáver del fallecido.

CREONTE:

Sí, si le honras del mismo modo que al impío.

ANTÍGONA:

No pereció un esclavo, sino su hermano.

CREONTE:

Asediando esta tierra, pero el que se le oponía lo hacía a favor de ella.

ANTÍGONA:

Hades quiere leyes iguales.

CREONTE:

Pero el hombre honrado no quiere tener la misma suerte que el malvado.

ANTÍGONA:

¿Quién sabe si allí abajo eso es lo piadoso?

CREONTE:

Nunca jamás el enemigo, aun cuando haya muerto, es amigo.

ANTÍGONA:

No he nacido para compartir el odio, sino el amor.

CREONTE:

Pues marcha abajo, si hay que amar, y ámalos. A mí, mientras viva, no me va a mandar una mujer.

CORO:

Y ahora, ante las puertas, se presenta Ismena, derramando fraternas lágrimas. Una nube por encima de sus cejas afea su rostro ensangrentado y moja sus hermosas mejillas

CREONTE:

Tú, que como una víbora te deslizaste por mi casa y apuraste mi sangre a escondidas sin que advirtiera que alimentaba a dos plagas subversivas contra mi trono, vamos, dime tú también si vas a decir que participas de ese enterramiento o jurarás que no sabes nada.

ISMENA:

Lo he hecho, si ella me lo consiente, y participo de la acusación y la acepto.

ANTÍGONA:

Pero la justicia no te lo permitirá, porque ni quisiste ni yo te lo comuniqué.

ISMENA:

En tu adversidad, no me avergüenzo de hacerme yo misma compañera de singladura en tu sufrimiento

ANTÍGONA:

De quién sea la obra, Hades y los de abajo son concedores. En cuanto a mí, yo no muestro amor a quien ama de palabra.

ISMENA:

No me deshonres, hermana, no dejándome morir contigo, ni purificar al muerto.

ANTÍGONA:

No mueras junto a mí, ni te hagas a ti misma lo que no te atañe. Baste que yo muera.

ISMENA:

¿Y qué vida quiero si soy privada de ti?

ANTÍGONA:

Pregunta a Creonte, ya que tú eres su protectora.

ISMENA:

¿Por qué me haces daño de esa manera cuando no te sirve de nada?

ANTÍGONA:

En medio de mi dolor, si me río, me río por ti.

ISMENA:

¿Pero en qué podría serte yo útil ahora mismo?

ANTÍGONA:

Sálvate a ti misma. No veo mal que te escapes.

ISMENA:

¡Ay de mí, desgraciada! ¿Y me privo de tu destino?

ANTÍGONA:

Sí, porque tú elegiste la vida y yo, la muerte.

ISMENA:

No será por mis palabras de advertencia.

ANTÍGONA:

Correctamente parecerá a unos que tú obras juiciosamente; y yo, a otros.

ISMENA:

Pero es que la falta resulta igual para nosotras dos.

ANTÍGONA:

No temas. Tú vives, pero mi alma hace tiempo que murió de modo tal que aprovecha a los que han muerto.

CREONTE:

Para mí que de estas dos muchachas la una se ha acaba de revelar demente y la otra lo ha sido desde que nació.

ISMENA:

Nunca, señor, el juicio, ni siquiera el que es innato, persiste en los que sufren penalidades; antes bien, se ha extraviado.

CREONTE:

Ese es tu caso cuando elegiste obrar mal junto a malvados.

ISMENA:

¿Pero, qué vida hay para mí sola sin ella?

CREONTE:

¡No digas “ella”! Ella ya no existe.

ISMENA:

¿Es que vas a matar a la prometida de tu propio hijo?

CREONTE:

Arables son también las tierras de otras.

ISMENA:

No había armonía igual como entre él y ella.

CREONTE:

Yo abomino de las malas mujeres para los hijos.

ANTÍGONA:

¡Oh, mi muy querido Hemón, cómo te deshonra tu padre!

CREONTE:

Demasiada aflicción me provocas tú y tu boda.

CORO:

¿Vas a privar a tu propio hijo de esta mujer?

CREONTE:

Hades es el que va a cancelar este matrimonio.

CORO:

Decidido está, según parece, que ésta muera.

CREONTE:

Para ti y para mí. Sin más dilaciones, llevadlas dentro, esclavas. Desde este momento es preciso que estas mujeres no estén libres, porque incluso los valientes huyen cuando ven ya a Hades cerca de su vida.

ESTÁSIMO II

[582-630]

CORO:*Estrofa primera.*

Afortunados quienes tienen una vida que no ha gustado de desgracias, porque a quienes los dioses les sacuden su casa, ninguna adversidad deja de arrastrarse hacia la muchedumbre de su linaje. Igual que se inflan los malos vientos marinos cuando la oscuridad del fondo oceánico acosa con los vientos tracios, y hace arremolinarse desde el abismo los negros bancos de arena, y la costa, golpeada por las olas, brama lamentándose.

Antístrofa primera.

Veo las antiguas calamidades de la casa de los Labdácidas cayendo sobre las calamidades de los muertos. Tampoco ninguna generación libera al linaje, sino que un dios la abate y no hay salvación, porque ahora aquella esperanza está extendida sobre sus últimas raíces en la casa de Edipo, pero el polvo sangriento de los dioses infernales, la insensatez de las palabras y el delirio de los pensamientos la siega.

Estrofa segunda.

¿Tu poder, Zeus, qué transgresión humana podría sujetar? Ni el sueño, que todo lo atrapa, se apodera nunca de él, ni los incansables meses de los dioses, sino que tú, como soberano, sin envejecer con el tiempo, posees el brillante resplandor del Olimpo. En el futuro próximo y el remoto, como en el pasado, esta ley bastará: nada trascendente le sobreviene a la vida de los mortales que esté a salvo de la ruina.

Antístrofa segunda.

Porque la errática esperanza para muchos mortales es una ventaja y para otros muchos una celada de fatuos deseos, pero al que nada sabe le sobreviene, hasta que se quema el pie con el ardiente fuego. Con sabiduría, alguien ha revelado el famoso dicho: el mal parece ser el bien a quien el dios le dirige sus pensamientos hacia la ruina, y actúa durante muy poco tiempo a salvo de la ruina.

CORO:

Aquí llega Hemón, el más joven vástago de tus hijos. ¿Acaso viene afligido por el destino de su prometida Antígona y doliéndose de su frustrada boda?

EPISODIO III

[631-780]

CREONTE:

Pronto lo sabremos mejor que los adivinos. Hijo, ¿no te presentas airado contra tu padre al oír mi decisión definitiva sobre tu futura esposa? ¿O es que te sigo siendo un ser querido sin importar lo que haga?

HEMÓN:

Padre, tuyo soy porque tú me encauzas con tus rectos consejos, que yo mismo voy a seguir. Para mí ninguna boda digna de celebrarse será considerada más importante que tú con tus convenientes consejos.

CREONTE:

Así, hijo, debe estar tu corazón, poner todo en segundo lugar tras las decisiones paternas. Por eso, los hombres ruegan engendrar descendientes sumisos y mantenerlos en casa, para que también castiguen al enemigo con males y honren al amigo igual que a su padre. Quien procrea hijos sin provecho, ¿qué otra cosa dirías de él excepto que ha engendrado para sí penalidades y abundante risa para sus enemigos? Nunca, hijo, sometas tu pensamiento al placer a causa de una mujer, sabiendo que una mala esposa compañera de lecho en la casa resulta ser eso, un frío abrazo, porque ¿qué llaga podría ser más grave que un familiar malvado? Despréndete de ella como de un enemigo y deja que esta muchacha se case en el Hades con quien sea. Ya que a ella sola en toda la ciudad sorprendí yo en una evidente desobediencia, no me comportaré yo mismo de modo falaz con la ciudad, sino que la voy a matar. ¡Qué le dirija con esto un himno a Zeus protector de la familia! Si fomentara que quienes por naturaleza son mis consanguíneos se comportaran de forma desordenada, mucho más lo haría con quienes son ajenos a la familia. Todo el que dentro de su hogar es persona íntegra también se mostrará como justo en la ciudad. Quien transgrede y violenta las leyes o piensa imponerse a los que mandan, ése no podrá conseguir de mí un elogio; pero aquél al que la ciudad ha puesto, a ése es preciso oírle en los detalles, en lo justo y en su opuesto. Yo confiaría en que ese hombre gobernaría noblemente y querría ser bien gobernado, y, alineado en medio de la tormenta de la guerra, mantenerse como un recto y buen compañero, porque no hay mayor mal que la anarquía. Ésta destruye las ciudades, ésta deja devastados los hogares, ésta rompe y pone en fuga las filas aliadas. Por el contrario, la disciplina salva y exalta a la mayoría de los individuos, de ese modo hay que defender a las personas de orden y en modo alguno dejarse derrotar por una mujer. Es más honroso, si es preciso, caer ante un hombre, así no seríamos llamados inferiores a las mujeres.

CORO:

A nosotros, si no somos engañados por la edad, nos parece que en aquello de lo que hablas, lo haces sensatamente.

HEMÓN:

Padre, los dioses hicieron nacer en los hombres la razón, que es la más importante de todas las posesiones. En cuanto a mí, que tú no te expresas con rectitud en tus palabras, ni podría ni sabría decirlo. No obstante, podría ser que en otro sentido estuviera bien. He nacido para mirar por ti en todo cuanto se dice, se hace o se te puede reprochar. Tu mirada impone al hombre del común, que habla con palabras tales que no te placería oír, pero yo puedo escuchar entre las sombras los términos en que la ciudad se lamenta por esa muchacha, que, «siendo la menos merecedora de todas las mujeres, languidece de la peor manera por unos hechos dignos de admiración, porque no deja insepulto a su propio hermano, caído en una matanza, ni permite que sea destrozado por perros que se alimentan de carne cruda ni por ave alguna. ¿Es que no es ella digna de ganarse una radiante honra?» Tal es el lúgubre rumor que se extiende sigilosamente. No hay, padre, posesión más preciada para mí que verte feliz. ¿Qué mayor ornato para los hijos hay que la gloria de un padre pleno de vigor? No mantengas una única disposición de ánimo en ti mismo, que lo que tú dices y ninguna otra cosa, eso es lo correcto. Quienes creen que ellos solos son sensatos o tienen una lengua que nadie más tiene, o una personalidad, se acaban revelando ante la vista como personas vacuas; sin embargo, no es nada vergonzoso que un hombre, aunque se sea sabio, aprenda muchas cosas y no porfíe demasiado. Podemos ver cuántos árboles ceden a lo largo de torrenciales corrientes y cómo se salvan las ramas, mientras que perecen hasta la raíz los que se resisten. Igualmente, quien no cede nada en tensar fuertemente la escota, navega en adelante tras haber hecho volcar la cubierta del revés. Vamos, cede y dale la vuelta a tu corazón. Si algún recto juicio hay en mí, aun siendo un joven, yo mismo te digo que es mucho mejor que el hombre por naturaleza esté completamente lleno de sabiduría; pero en todo caso, como esto no suele ocurrir así, es bueno también aprender de los que hablan sabiamente.

CORO:

Señor, es lógico que, si dice algo adecuado, tú aprendas de él y, a su vez, que él lo haga de ti, porque de ambas partes se ha hablado bien.

CREONTE:

¿Los hombres de mi edad vamos a aprender precisamente sensatez de alguien en ese momento de su vida?

HEMÓN:

Nada, si no es algo justo. Y si yo soy joven, no debes mirar más mi edad que mis actos.

CREONTE:

¿Son tus actos respetar a los que se comportan inadecuadamente?

HEMÓN:

No podría exhortar a que se respetara a los malvados.

CREONTE:

¿Es que ella no ha sido presa de semejante enfermedad?

HEMÓN:

Todo el pueblo de nuestra Tebas dice que no.

CREONTE:

¿La ciudad va a decirnos lo que debo ordenar?

HEMÓN:

¿Te das cuenta de que has hablado como si fueras demasiado joven?

CREONTE:

¿Es para otro o para mí para quien debo gobernar esta tierra?

HEMÓN:

No hay ciudad que le pertenezca a un solo hombre.

CREONTE:

¿No se considera que la ciudad es de quien la gobierna?

HEMÓN:

Tú solo bien podrías gobernar sobre una tierra desierta.

CREONTE:

Parece que este muchacho es aliado de la mujer.

HEMÓN:

Sí, si tu fueras la mujer, dado que me preocupo por ti.

CREONTE:

¡Malvado! ¿Estás llevando a juicio a tu padre?

HEMÓN:

Es que veo que tú estás cometiendo una injusticia.

CREONTE:

¿Soy injusto al respetar mis propios poderes?

HEMÓN:

No los respetas si pisoteas las honras a los dioses.

CREONTE:

¡Ah, conducta insana y sometida a una mujer!

HEMÓN:

No podrías sorprenderme siendo peor que un acto indecoroso.

CREONTE:

En efecto, todas estas palabras tuyas son en apoyo de ésta.

HEMÓN:

Y en apoyo de ti, de mí y de los dioses de ultratumba.

CREONTE:

Es imposible que alguna vez te cases con ella estando viva.

HEMÓN:

Así pues, ella va a morir; pero con su muerte, va a destruir a alguien.

CREONTE:

¿En tanta osadía incurres como para amenazarme?

HEMÓN:

¿Qué osadía hay en hablar contra criterios sin sentido?

CREONTE:

Con tu llanto entrarás en razón, dado que tú mismo careces de juicio.

HEMÓN:

Si no fueras mi padre, te diría que no estás en tu sano juicio.

CREONTE:

No intentes engatusarme tú, que eres el esclavo de una mujer.

HEMÓN:

¿Quieres decir algo sin oír nada mientras lo dices?

CREONTE:

¿De verdad? Pero por el Olimpo, que sepas que no me vas a ultrajar mientras disfrutas con tus reproches. Trae a ese ser odioso para que al punto y a la vista muera cerca de su novio.

HEMÓN:

No, no junto a mí, no lo creas, ni ella morirá cerca. Tú nunca más verás mi cara mirándome con tus ojos. ¡Enloquece en compañía de aquellos de tus amigos que lo quieran!

CORO:

Señor, el joven ha salido a toda prisa a causa de su ira. El corazón es tan hosco cuando está dolido.

CREONTE:

¡Que lo haga y que maquine en su marcha algo de más fuste que lo propiamente humano! Ahora bien, no les evitará a estas dos muchachas su destino.

CORO:

¿Estás pensando también en matarlas a ellas dos?

CREONTE:

Al menos no a la que no tocó el cadáver. En eso tienes razón.

CORO:

¿Qué clase de muerte piensas darle?

CREONTE:

La llevaré a un lugar donde haya un camino desierto de mortales y la ocultaré, aún viva, en una cueva de piedra, dejándole sólo tanto algo de alimento como expiación, para que toda la ciudad se libre de la impureza. Allí, pidiéndolo a Hades, el único dios que venera, obtendrá escapar a la muerte, o bien conocerá entonces que es una labor superflua seguir el culto del Hades.

ESTÁSIMO III

[781-805]

CORO:

Estrofa

Amor, invencible en la batalla; Amor, que caes sobre los poderosos, que pernoctas en las suaves mejillas de la joven, que vagas sobre el mar y en los cercados agrestes. De ti ningún dios escapa, ni los efímeros seres humanos, y el que te posee, se vuelve loco.

Antístrofa

Tú, también, para su ruina desvías a la injusticia los corazones justos. Tú, también, has agitado esta querrela entre los hombres de una familia. El notorio deseo de los párpados de la hermosa novia vence, colaborador en los principios de las grandes leyes divinas, porque la diosa Afrodita juguetea invencible.

CORO:

Yo mismo, ahora, soy arrastrado al margen de las leyes al ver esto. Ya no puedo contener la fuente de mis lágrimas cuando veo que Antígona alcanza el tálamo donde todo el mundo descansa en paz.

EPISODIO IV

[806-943]

ANTÍGONA:

Vedme, ciudadanos de mi tierra patria, caminando por el postrer camino y contemplando la postrera luz del sol para nunca jamás. Hades, el reposo de todo el mundo, me lleva en vida a las orillas del Aqueronte. Ningún canto nupcial se entonará para mí como partícipe de una boda. Me casaré con el Aqueronte.

CORO:

Sin duda, renombrada y alabada te alejas en dirección a ese recóndito lugar de los muertos sin haber sido herida por devastadoras enfermedades, ni haberte tocado en suerte el jornal de las espadas. Tú, la única entre los mortales, vas a descender al Hades viva y por tu propia ley.

ANTÍGONA:

He oído que de la manera más lastimosa pereció la extranjera frigia, hija de Tántalo, en la cima del Sípilo, a la que sometió, como una tenaz hiedra, un brote rocoso y a ella, como dice el rumor de los hombres, mientras se va consumiendo, ni las lluvias ni la nieve la abandonan en modo alguno, y humedecen sus mejillas bajo sus cejas llenas de lágrimas. La divinidad me lleva al sueño de forma totalmente semejante a ella.

CORO:

Pero era una diosa y de linaje divino, mientras nosotros somos mortales y de linaje mortal. Aunque perezcas, es grandioso oír que has corrido la misma suerte que aquellos semejantes a los dioses en vida y una vez hayas muerto.

ANTÍGONA:

¡Ay, cómo te ríes de mí! ¿Por qué, por los dioses paternos, no me ultrajas cuando me haya ido y no estando presente? ¡Oh, ciudad! ¡Oh, hombres acaudalados de la ciudad! ¡Ay, fuentes Dirceas y bosque sagrado de Tebas con sus hermosos carros! Sin embargo, os tomo por testigos de cómo sin ser llorada por los amigos y sujeta a qué leyes me encamino hacia el recinto excavado en el montículo de una tumba recién hecha. ¡Ay, desgraciada, resulta que ni habito con los mortales ni con los difuntos, estén vivos o estén muertos!

CORO:

Avanzaste hasta el último grado de la osadía y has ido a dar con el muy elevado pedestal de la Justicia, oh hija, y estás pagando por un crimen paterno.

ANTÍGONA:

Has tocado mis más dolorosas cuitas, el lamento siempre renovado por mi padre y por todo nuestro destino como ilustres hijos de Lábdaco. ¡Ay, desgracias procedentes de los lechos maternos, incestuosas relaciones con mi padre de una infortunada madre! ¡De tales progenitores fui engendrada yo, la desventurada! Junto a ellos marchó yo, execrada, sin haberme casado, compañera suya. ¡Ah, hermano, tuviste desgraciadas bodas y, muerto, me has matado a mí estando aún en vida!

CORO:

Respetar es una cierta forma de piedad y el poder, sea quien sea que lo posee, en modo alguno puede ser contravenido. A ti te ha destruido una cólera aceptada.

ANTÍGONA:

Soy llevada sin llantos, sin amigos, sin nupcias, infeliz, a mi último viaje. Ya no me será permitido, desgraciada, ver el sagrado fulgor del sol. Mi destino, sin sus lágrimas, ningún amigo lamenta.

CREONTE:

¿Sabéis que, si fuera necesario, nadie cesaría de proferir cantos y quejidos antes de morir? ¿Es que no vais a apresuraros en llevároslo? Escondedla en una tumba cerrada, como he dicho yo, y dejadla en total soledad, ya sea porque deba morir o ser enterrada viva en semejante albergue. Nosotros somos

inocentesen lo que respecta a esta muchacha. En cuanto a ella, se verá privada de su lugar aquí arriba.

ANTÍGONA:

¡Tumba, cámara nupcial, excavada morada eterna, con las que marchó junto a los míos, cuyo abundante número de fenecidos ha acogido Perséfone entre los muertos! Yo descendo, la última de ellos y de la peor manera con mucho, antes de que mi destino en la vida se cumpliera. No obstante, con mi llegada alimento la gran esperanza de llegar junto a mi querido padre y querida para ti, madre, y para ti, hermano, porque a vuestra muerte yo de mi propia mano os lavé, os amortajé y os ofrecí las libaciones fúnebres. Y ahora, Polinices, cubriendo tu cuerpo, cumplo esos mismos objetivos y, más aún, te honré a la vista de quienes son juiciosos. Nunca, si hubiera nacido para engendrar hijos, ni en el caso de que mi esposo muerto se estuviera corrompiendo, hubiera escogido esta labor en contra de los ciudadanos. ¿En virtud de qué ley digo esto? Hubiera tenido un esposo diferente de otro muerto y un hijo diferente, si lo hubiera perdido, pero cuando el padre y la madre están encerrados en el Hades, no hay hermano que pueda florecer nunca. Yo, no obstante, te he honrado por encima de todos obedeciendo esa ley, y eso le pareció a Creonte un error y una inmensa osadía, hermano. Ahora, me conduce, tomándome así con sus manos, privada de lecho, de cantos nupciales, de tomar parte en boda alguna y de la crianza de los hijos. De este modo, exenta de amigos, desgraciada, me encamino viva a las criptas de los muertos. ¿Qué justicia divina he ofendido? ¿Por qué debo, desventurada, mirar a los dioses aún? ¿A cuál de los aliados escuchar? Porque siendo piadosa he ganado la impiedad. Con todo, si esto está bien para los dioses, reconoceríamos con nuestro sufrimiento que he cometido un error; pero si éstos están equivocados, ojalá no sufran males mayores de los que me han infligido a mí de forma injusta.

CORO:

Los mismos vientos siguen poseyendo su alma.

CREONTE:

Entonces, quienes la llevan tendrán lágrimas por ello a causa de su lentitud.

ANTÍGONA:

¡Ay de mí, esas palabras están muy cerca de la muerte!

CORO:

No puedo animarte con palabras de consuelo, diciendo que esto no va a consumarse así.

ANTÍGONA:

¡Ciudad paterna de Tebas, dioses ancestrales! Me llevan y no hay dilación.
¡Mirad, rectores de Tebas, la única que queda de las hijas de los reyes, lo que sufro y de parte de qué hombres por haber sido piadosa con la piedad!

ESTÁSIMO IV

[944-987]

CORO:*Estrofa primera*

Dánae soportó abandonar la luz del cielo en recintos con cadenas de bronce, y fue metida en prisión, oculta en una cámara sepulcral, aunque fuera de noble linaje. ¡Hija, hija, también albergó al vástago de Zeus, nacido de la lluvia de oro! Pero el destino es una fuerza imponente. Ni la prosperidad, ni Ares, ni una torre, ni las negras naves golpeadas por el mar podrían esquivarlo.

Antístrofa primera

Fue sometido el irascible hijo de Driante, rey de los edones, por Dioniso a causa de sus punzantes ataques de cólera y encerrado en una prisión de piedra. Así se destilan de la locura los brotes de la terrible ira. Aquél reconoció que estaba atacando al dios en su locura con sus injuriosas palabras, porque detenía a las mujeres poseídas del dios y el fuego del evohé, e irritaba a las Musas amigas de las flautas.

Estrofa segunda

Junto al mar de las Cianeas están las costas del Bósforo, que dan a dos mares, y el inhospitalario Salmideso de los tracios, donde Ares, cercano a la ciudad, vio que una maldita herida cegó a los dos hijos de Fineo, cegera provocada por su salvaje esposa, golpeados sus ojos en unas cuencas que claman venganza por unas sangrientas manos y por agujas de lanzadera.

Antístrofa segunda

Infortunados, se consumían y lloraban su infortunada aflicción por haber nacido de un mal casamiento de su madre, que pertenecía a la estirpe de los antiguos hijos de Erecteo y en lejanas cuevas creció entre tormentas paternas, la hija de Bóreas, rápida como un caballo sobre una escarpada roca, vástago de los dioses. Sin embargo, las inmemoriales Parcas también se mostraron hostiles con ella, hija mía.

EPISODIO V

[988-1114]

TIRESIAS:

Señores de Tebas, hemos llegado con un mismo camino a la vista siendo dos por uno, porque gracias al lazarillo hay un sendero para los ciegos.

CREONTE:

¿Qué hay, anciano Tiresias, de nuevo?

TIRESIAS:

Te lo mostraré, y tú, obedece al adivino.

CREONTE:

Nunca antes me aparté de tu buen juicio.

TIRESIAS:

Cierto es que pilotabas la nave de esta ciudad por el camino correcto.

CREONTE:

Puedo dar testimonio de que he experimentado cosas provechosas.

TIRESIAS:

Mira no sea que hayas ido sobre el azaroso filo de la navaja.

CREONTE:

¿Qué pasa? Me dan escalofríos de tus palabras.

TIRESIAS:

Lo sabrás si escuchas los signos de mi oficio. Estando sentado en el viejo asiento de mi observatorio de aves, donde tengo el fondeadero de toda clase de pájaros, oigo un sonido de aves desconocido, que chillaban con un funesto e ininteligible frenesí. Supe que se estaban desgarrando unas a otras con sus garras en una carnicería, porque el batir de sus alas no carecía de significado. Al punto, temeroso, probé con sacrificios en el fuego sobre altares llameantes, pero en las víctimas no brillaba Hefesto, sino que entre la ceniza se consumía goteando la grasa de los muslos, humeaba y chisporroteaba. La bilis se esparcía mezclada con el aire y los muslos, goteando, se libraban de la grasa que los cubría. Tales signos los supe gracias a este muchacho, presagios defectuosos de ritos con oscuro significado, porque éste es mi guía como yo lo soy para otros. Esta enfermedad sufre la ciudad por causa de tus decisiones. Todos nuestros altares y hogares están llenos de la carroña, traída por aves y perros, del infortunado hijo caído de Edipo. Además, los dioses no aceptan ya las oraciones sacrificiales que les hacemos, ni las llamas de los muslos, ni el ave profiere gritos interpretables por haber comido la grasa de la sangre de un hombre

muerto. Piensa, por tanto, en esto, hijo, porque es común a todos los hombres el equivocarse; pero, después de haber errado, quien tras su caída en el mal encuentra remedio y no se vuelve inflexible, ya no es un hombre insensato ni infortunado. La obstinación incurre en torpeza. Vamos, cede ante el muerto y no lo castigues una vez está muerto. ¿Qué fuerza hay en matar al que ha fenecido? Con mis mejores intenciones hacia ti te hablo sensatamente. Lo más agradable es aprender de quien bien habla, si sus palabras aportan un beneficio.

CREONTE:

Anciano, todos, al modo de arqueros, disparáis contra este hombre como si fuera un blanco y para vosotros no estoy libre de los efectos de la adivinación. Bajo la estirpe de los adivinos hace tiempo que soy objeto de comercio y de tráfico. Sacad beneficios, comerciad con el ámbar de Sardes, si queréis, y con el oro de la India, pero no sepultaréis a aquel en una tumba, aunque las águilas de Zeus quieran arrebatarlo y llevárselo como alimento a su trono. No permitiré yo que se le entierre por su miedo a su corrupción. Bien sé que ningún hombre tiene fuerza como para contaminar a los dioses. Anciano Tiresias, los mortales más hábiles sufren vergonzosas caídas, siempre que, a causa de su codicia, expresan bellamente vergonzosas intenciones.

TIRESIAS:

¡Ay! ¿Acaso alguna persona sabe, acaso explica...

CREONTE:

¿El qué? ¿Qué es lo que eso que dices que todos saben?

TIRESIAS:

...en cuánto la prudencia es la más poderosa de las posesiones?

CREONTE:

Tanto cuanto, creo, que no reflexionar sea el mayor perjuicio.

TIRESIAS:

Sin embargo, tú has nacido lleno de esa enfermedad.

CREONTE:

No quiero contestar de malos modos al adivino.

TIRESIAS:

Pero es que lo estás haciendo al afirmar que yo hago falsas profecías.

CREONTE:

Toda la casta de los adivinos es muy amiga del dinero.

TIRESIAS:

Y la de los reyes ama la codicia.

CREONTE:

¿Sabes que lo que dices se lo estás diciendo a los que son tus jefes?

TIRESIAS:

Lo sé. Por mí has salvado esta ciudad.

CREONTE:

Eres tú un sabio adivino, pero sueles ser injusto.

TIRESIAS:

Me vas a empujar a sacar de mi corazón lo que no debe salir.

CREONTE:

Sácalo, pero sólo si no lo haces por codicia.

TIRESIAS:

Incluso así también creo que estoy de tu parte.

CREONTE:

Debes saber que no vas a comerciar con mi decisión.

TIRESIAS:

Y debes saber tú también que ya no se cumplirán muchas rondas solares antes de que tú mismo des en debido pago de un fallecido a un muerto de entre tus seres más queridos por aquellos de los de arriba que has mandado abajo. Has hecho de forma deshonrosa que alguien en vida habite una tumba y tienes además aquí un cadáver ajeno a los dioses de ultratumba, privado de honras fúnebres e impío, que no te competen a ti ni a los dioses de aquí arriba. Tú estás violentando esos ritos. Las Furias divinas y las del Hades, destructoras y vengadoras de esos actos, te están acechando para apresarte en esos mismos sufrimientos. Ahora, mira si hablo porque he sido sobornado, porque no pasará mucho tiempo antes de que se presenten en tu casa los lamentos de hombres y mujeres. Toda clase de odios están agitando las ciudades, los despojos de cuyos cadáveres purificaron los perros, las fieras o un ave de presa que lleva el impuro hedor a los altares de la ciudad. Tales dardos, ya que estás provocando sufrimiento, cual arquero, te he disparado con ira, certeros disparos hacia tu corazón de cuya herida tú no podrás escapar. Esclavo, condúcenos a casa, para

que éste libere su cólera contra los más jóvenes y para que aprenda a mantener una lengua más callada y unos pensamientos en su corazón mejores que los que ahora alberga.

CORO:

Señor, se ha marchado ese hombre tras haber lanzado terribles predicciones. Sabemos, desde que yo me veo cubierto de cabellos canos, habiendo sido negros, que nunca le ha soltado falsedad alguna a la ciudad.

CREONTE:

Lo sé también yo y me inquieta el corazón. Es terrible ceder, pero golpear con una desgracia mi alma por oponerme es terrible también.

CORO:

Debes tener prudencia, hijo de Meneceo.

CREONTE:

¿Y qué debo hacer? Explícamelo y yo te obedeceré.

CORO:

Libera a la joven del habitáculo excavado y haz una tumba para el que lleva tiempo yaciendo muerto.

CREONTE:

¿Ése es tu consejo? ¿Crees que debo ceder?

CORO:

Cuanto antes, señor, porque el quebranto que los dioses infligen a los insensatos es raudo.

CREONTE:

¡Ay de mí! Con esfuerzo aparto de mi corazón lo que estaba haciendo, pero contra la fatalidad no se puede luchar.

CORO:

Ve ahora y hazlo. No se lo encargues a otros.

CREONTE:

Así podría ir, tal como estoy. Id, id, criados, los presentes y los ausentes, tomad hachas en vuestras manos y corred a ese lugar que está a la vista. En cuanto a mí, ya que he cambiado así de opinión, yo la encarcelé y yo la liberaré en mi

presencia. Me temo que sea mejor cumplir las leyes establecidas mientras haya vida.

ESTÁSIMO V

[1115-1154]

CORO:

Estrofa primera

Dios de muchos nombres, ornato de la novia cadmea, vástago de Zeus, el que hace retumbar sordos truenos, que proteges la renombrada Italia y reinas en los conocidos valles de la Deo de Eleusis, Baco, que habitas en Tebas, ciudad materna de las Bacantes, junto a las húmedas corrientes del Ismeno y sobre la semilla del fiero dragón.

Antístrofa primera

Te ha visto sobre la roca de dos cimas la brillante humareda, allí adonde las Bacantes, las ninfas Coricias, marchan. Los chorros de Castalia, los bordes llenos de yedra de los montes Niseos y la verde costa de abundantes viñedos te envían a ti para que guardes las calles de Tebas mientras resuenan los divinos cantos del evohé.

Estrofa segunda

A la que honras por encima de todas las ciudades con tu madre, la destruida por el rayo. Y ahora, cuando toda la población de la ciudad es presa de una violenta enfermedad, ven con pie purificador sobre la pendiente del Parnaso o del rugiente estrecho.

Antístrofa segunda

Tú, director de los coros astrales que exhalan fuego, guardián de las voces nocturnas, hijo descendiente de Zeus, muéstrate, señor, junto con tus seguidoras las Tíades, que durante toda la noche danzan poseídas en tu honor, el dispensador Yaco.

ÉXODO

[1155-1352]

MENSAJERO:

Vecinos del palacio de Cadmo y de Anfión, no hay vida humana cuya estabilidad podría yo elogiar o censurar nunca, porque continuamente la fortuna erige y la fortuna derriba al afortunado y al infortunado, y no hay adivino para los designios destinados a los mortales. Creonte fue envidiado en algún momento, a mi juicio, cuando salvó a esta tierra Cadmea de sus enemigos

y, tras asumir poder absoluto del país, lo estuvo gobernando mientras prosperaba con la noble simiente de sus hijos. Pero ahora todo está perdido, porque cuando los hombres renuncian a los goces, eso no puede suponerse vida, sino tomarlo por un cadáver viviente. Sé muy rico en tu casa, si quieres, y vive al estilo de un rey, pero si la alegría se ausenta, ni por la sombra del humo le compraría yo a un hombre el resto de las cosas comparado con el placer.

CORO:

¿Cuál es ese nuevo pesar que traes para los reyes con tu venida?

MENSAJERO:

Han muerto y los vivos son responsables de esas muertes.

CORO:

¿Y quién es el asesino? ¿Quién es el que yace? Habla.

MENSAJERO:

Hemón ha fallecido. Una mano lo ha llenado de sangre.

CORO:

¿Una mano paterna o la suya propia?

MENSAJERO:

Él mismo con la suya propia, enfurecido contra su padre por el asesinato.

CORO:

¡Adivino, qué advertencia tan certera lanzaste!

MENSAJERO:

Dadas las cosas, es preciso tomar las demás decisiones.

CORO:

Justo ahora veo a la desgraciada Eurídice, la esposa de Creonte. Sale del palacio ya sea por estar oyendo algo sobre su hijo, ya sea por azar.

EURÍDICE:

Ciudadanos todos, advertí vuestras palabras cuando me encaminaba a la salida para ir a decir mis plegarias a la diosa Palas. Y resulta que abría desde dentro los cerrojos de la puerta, cuando me llega a los oídos el rumor de una desgracia en mi hogar. Caigo de espaldas temerosa junto a las criadas y quedo aturdida. Pero contad de nuevo qué es lo que se dice. Lo oiré, ya que no carezco de experiencia en males.

MENSAJERO:

Yo, estimada señora, estoy aquí para hablar y no omitiré ni un detalle de la verdad. ¿Por qué iba a suavizar algo que más adelante nos dejaría como mentirosos? La verdad es siempre lo correcto. Yo seguí a tu esposo como guía hasta el extremo de la llanura donde yacía aún el mísero cuerpo de Polinices despedazado por los perros. Después de rogar a la diosa del camino y a Plutón que contuvieran propicios su cólera y de lavarlo con agua purificada, quemamos los restos con ramaje recién cortado y levantamos un elevado túmulo de tierra patria. Luego, entramos en la rocosa cavidad nupcial de la muchacha con Hades. Desde fuera, alguien oyó los agudos lamentos de una voz en torno a un lecho fúnebre que había quedado carente de ritos, y acudió a indicárselo al rey Creonte. A él señales confusas de tristes gemidos le rodearon cuando se aproximaba más, y lanzó un terrible lamento entre gemidos: «¡Desgraciado de mí! ¿Es que soy un adivino? ¿Es que estoy atravesando el más infortunado camino de los ya pasados? La voz de mi hijo me saluda. Vamos, criados, id rápidamente, con presteza, y cuando estéis junto a la tumba, introducidos por la pequeña abertura que queda de apartar algunas piedras del túmulo y mirad si percibo la voz de Hemón y soy víctima del engaño de los dioses.» Obedeciendo las órdenes de nuestro desalentado señor, miramos y vimos a la joven colgada del cuello en el extremo más oculto del enterramiento, sujeta por el dogal hecho con el tejido de su velo, y al joven pegado a ella, rodeándola por la cintura, llorando la muerte de su prometida, los hechos de su padre y el infausto lecho. Creonte, cuando lo vio, lanzó un terrible lamento y anduvo hacia el interior mientras lo llamaba entre gemidos: «¡Desdichado! ¿Qué hiciste? ¿Qué pretendías? ¿En qué infortunio te has caído? Sal, hijo, te lo ruego como un suplicante.» El muchacho lo miró con ojos enfurecidos y le escupió al rostro. Luego, lo atacó con su espada de doble filo, pero falló porque su padre lo esquivó dando un salto. Entonces, el infeliz, irritado contra sí mismo como estaba, estirando sus brazos se clavó la espada hasta la mitad en el costado. Todavía consciente, rodeó con sus brazos lánguidos a la doncella y entre jadeos derramó sobre sus blancas mejillas un penetrante reguero de gotas de sangre. Yacía un cadáver rodeando a otro cadáver, con las ceremonias nupciales cumplidas en el Hades, los desdichados, dando muestra de hasta qué punto la insensatez entre los seres humanos es para el hombre el mayor de los males.

CORO:

¿Qué supones? La reina ha vuelto a irse antes de decir ni una mala ni una buena palabra.

MENSAJERO:

Yo también estoy asombrado, pero alimento esperanzas de que al oír la aflicción de su hijo no considere justos los lamentos en la ciudad, y que dentro de la casa ordene a las criadas expresar sus lamentos en la intimidad. No es tan ajena al buen juicio como para errar.

CORO:

No sé... A mí se me hace muy duro admitir tanto el profundo silencio como el mucho griterío vano.

MENSAJERO:

Lo sabremos, sin duda, al entrar en el palacio. Temo que en su airado corazón retenga y oculte algo en secreto. Bien dices, porque propia del profundo silencio es, de algún modo, la pesadumbre.

CORO:

He aquí que llega el señor en persona con una evidente muestra en sus manos, si es lícito decirlo, no de una desgracia ajena, sino de un error propio.

CREONTE:

¡Ay, mortales y rígidos errores de mentes dementes! ¡Ay de quienes ven hermanos que mueren y matan! ¡Ay de mis desafortunadas decisiones! ¡Hijo, joven con una joven muerte! ¡Ay, ay, has muerto, te has marchado por mis despropósitos, no por los tuyos!

CORO:

Según parece, tarde viste lo que era justo.

CREONTE:

¡Ay de mí, infortunado, he aprendido! En esos precisos instantes, el dios me golpeó en la cabeza con una gran fuerza y me empujó por caminos crueles. ¡Ay de mí, derribó mi alegría pisoteada! ¡Ay, ay, penosas penalidades de los mortales!

MENSAJERO DEL INTERIOR:

Señor, cuántos males albergas y has adquirido; éstos, llevándolos en tus manos; otros, parece que has llegado para verlos rápidamente en palacio.

CREONTE:

¿Qué mal vuelve a haber todavía peor que los precedentes?

MENSAJERO DEL INTERIOR:

Tu esposa ha muerto, la madre de este cadáver, infeliz, a causa de recientes golpes.

CREONTE:

¡Ay, puerto del Hades, difícil de purificar! ¿Por qué, por qué a mí, a mí me destruyes? Me presagias el dolor de las malas noticias. ¿Qué palabras profieres? ¡Ay, ay, has ultimado a un hombre muerto! ¿Qué dices, esclavo? ¿Qué nuevas me traes otra vez? ¡Ay, ay! ¿Añades la muerte de mi esposa a mi ruina?

CORO:

Puedes verla. Todavía no está oculto su cuerpo.

CREONTE:

¡Ay de mí, desgraciado, estoy viendo otro nuevo mal! ¿Qué otra nueva muerte me aguarda? Acabo de tener en mis manos a mi hijo, desgraciado de mí, y veo aquí delante otro cadáver. ¡Ay, infortunada madre! ¡Ay, hijo mío!

MENSAJERO DEL INTERIOR:

Ella, junto al altar, herida por una afilada espada, cerró sus párpados en la oscuridad, lamentando el afamado destino del ya fallecido Megareo; luego, el de éste y, finalmente, profiriendo malos deseos para el asesino de su hijo.

CREONTE:

¡Ay, ay, vuelo sobre las alas del miedo! ¿Por qué no me golpea nadie de frente con una espada de doble filo? ¡Desgraciado de mí, ay, ay, me fundo con una desgraciada aflicción!

MENSAJERO DEL INTERIOR:

Dado que eres responsable de las muertes de una y de otro, fuiste acusado también de la muerte de ésta.

CREONTE:

¿Con qué clase de muerte se despidió?

MENSAJERO DEL INTERIOR:

Acuchillándose ella misma bajo el hígado, cuando se enteró del padecimiento, digno de agudos lamentos, de su hijo.

CREONTE:

¡Ay de mí! Esta culpa mía nunca alcanzará a otro mortal, porque yo, yo te maté, infortunado. Y yo digo la verdad. Esclavos, llevadme lo más pronto posible, llevadme lejos a mí, que no soy ya más que nada.

CORO:

Útiles órdenes das, si es que hay utilidad en los males. Los males sobre uno cuando más breves, mejores.

CREONTE:

¡Que llegue, que llegue, que se presente la más hermosa de las muertes y traiga para mí el día final, el último! ¡Que llegue, que llegue para que ya no vea otro día!

CORO:

Eso es cosa del futuro. Debemos ocuparnos en actuar ante lo que tenemos ahora, porque lo otro les compete a los que deben ocuparse de ello.

CREONTE:

Pero lo que deseo, eso lo he suplicado.

CORO:

No pidas nada. No hay liberación para los mortales de las desgracias fijadas por el destino.

CREONTE:

Llebad lejos a este hombre indigno, que, hijo mío, te mató sin quererlo, y a ti, la que está aquí, ay de mí, infeliz. No sé hacia cuál de los dos inclinar mi mirada. Todo lo que tengo a mano está perdido y un destino insoportable se ha precipitado sobre mi cabeza.

CORO:

Con mucho, lo primero para la felicidad es la sensatez. No hay que cometer ninguna impiedad con los dioses. Las grandes palabras de los muy jactanciosos, devolviendo en pago grandes golpes, enseñan en la vejez a ser sensatos.